

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 9 FEBRERO DE 1913.

NUM. 101.

Del Día

Pasó el Carnaval y nos entramos, casi insensiblemente, en la Cuaresma; algunos bien insensible y bien agradablemente por cierto, como ocurrió á los que sorprendió la Cuaresma entregados al dulce vaiven de una habanera ó al bullicioso y alegre saltar de una mazurca.

Las tardes de el último Carnaval han resultado desanimadísimas en este pueblo, siendo insignificante el número de las máscaras que vimos por esas calles de Dios, y las pocas que vimos pertenecían á la modesta clase de *mamarracho*.

Una comparsita de encamisonados con la obligada música de hace veintidos años que llevaba por acompañamiento una *sonora y bien tocada* pandera, ha sido lo único que sobresalió de cuanto se presentara *digno* de cita y de mérito.

Por disposición acertadísima del señor alcalde presidente Don Antonio Marín Oliver, se celebró el Carnaval en el Paseo de Marín-Barraqueo, ejecutando la Banda de música que dirige el señor León (hijo) su extenso y bonito repertorio.

Tan acertada y prudente medida merece nuestro sincero y caluroso aplauso, pues se ha evitado á los que cruzaran las calles, huyendo tal vez del bullicio y de la animación las insoportables y consabidas molestias del: *no me conoces*, de la turba mascaril, y otros *excesos* más ó menos censurables, cargantes y ridículos.

Los bailes públicos, en cambio, han resultado animadísimos sobre todos, los celebrados, en el hermoso salón del Casino, en el cual se dieron cita y al que concurrió todo lo más distinguido, más bello y elegante del elemento femenino de este pueblo, teniendo también representación lucida el sexo fuerte.

Las elegantes y distinguidas ciezanas han lucido sus múltiples y grandes encantos en este centro, consiguiendo algunas mascaritas dar bromas de buen género sin ser conocidas por los embromados.

No damos los nombres de cuantas personalidades asistieron por temor á incurrir en un lamentable olvido siempre censurable y jamás justificado.

Con el baile, que, según nos dicen, se celebrará hoy, en este centro, se despide el Carnaval; el reinado de Momo cae estrepitosamente, y severa, enlutada, rígida, ocupa el trono la Cuaresma, la cual, sentenciosamente, el miércoles último dijo á los mortales poniéndoles en la frente las cenizas: «*Memento homo quia pulvis est, et impulverem revertaris.*»

No ha habido que lamentar este año, á Dios gracias, desgracias personales; no ha tenido necesidad el Juzgado, de intervenir en ningún asunto desagradable, motivado por exceso de las libaciones en el templo de Baco, ó por la seguridad que el antifaz presta, para decir lo sin él no se diría.

Pasó el Carnaval del 1913, para jamás volver á molestarnos con sus destemplados gritos, con sus disfraces raros y mal trazados y con los demás anejos á tan ridícula y estúpida y fiesta.

¡Adios, Carnaval!

CUENTOS OLVIDADOS

Las Plegarias

Al dar la una y media comenzaron á despedirse los contertulios: á las dos sólo quedaban en el magnífico salón los dueños de la casa, marido y mujer ambos jóvenes, hermosos y al parecer felices; él se puso á leer un periódico de la noche y ella se entretuvo escribiendo con un lápiz de oro al dorso de una tarjeta, las visitas y compras que pensaba hacer al día siguiente.

Después hablaron un rato de cosas de poca monta; y, por fin, ella, poniéndose de pronto en pie, le dijo mirándole amorosamente:

—Me voy á recoger el pelo. ¿Tardaras?

A lo cual el respondió:

—Acuéstate. Enseguida voy.

Luego de retirarse la dama, el hombre pasó del salón á su despacho, que era la habitación contigua, y oprimiendo un resorte oculto entre los cortinajes, dió luz á las lámparas eléctricas.

Los muros estaban cubiertos de verdaderos tapices góticos, los estantes llenos de buenos libros, veíase en un testero un magnífico retrato de familia á cuyos lados brillaban dos panóplas de armas antiguas, y en otro lienzo de pared destacaba sobre el fondo multicolor y borroso del tapiz un santo pintado por Zurbarán. Cuanto allí había era prueba de buen gusto, ilustración y riqueza bien empleada. El lujo de relumbrón, las antiguallas falsificadas y los caprichos absurdos impuesto por la moda, no debían de tener entrada en aquella casa.

Sentóse el caballero ante la mesa, sacó de un cajón una cartera, y tras consultar rápidamente varios papeles apuntó, poco más ó menos, de este modo lo que se proponía hacer al otro día:

«Carta al administrador de Terrones para que perdone la mensualidad á los colonos perjudicados por la nube del mes pasado, y les dé lo necesario para la siembra.—Al mayordomo de Valhondo que libre de quintas al hijo del guarda.

—Decir el ministro que no voto á favor de la desviación del canal, porque no conviene á los intereses de aquellos pueblos.

—Mandar, según costumbre, lo que haga falta en el monte para desempeñar las herramientas del trabajo y máquinas de coser cuyas papeletas vendan este mes.»

Todo lo cual indicaba que aquel rico merecía serlo.

Después guardó la cartera, cerró el cajón, y recostándose en el sillón, permaneció largo rato ensimismado ó como abstraído por sus pensamientos.

Poco á poco fué dibujándose en su rostro un gesto de inexpressable amargura, luego dobló la cabeza sobre el pecho, y enseguida, enderezando á Dios el pensamiento, dijo mentalmente de este modo, no con palabras aprendidas de memoria, sino con aquellas espontáneas y sinceras razones que, inspiradas en verdadera piedad, no pueden menos de llegar á donde van dirigidas:

—¡Un día más... y un día menos. No he hecho mal á nadie, y he procurado algún bien. Permíteme, Señor, que pueda decir lo mismo mañana. No faltándome tu favor, estoy seguro de mi voluntad... Me has hecho rico, es decir, depositario de lo que destinas á los pobres, y al remediar los males del prójimo imagino cumplir tus mandatos. No me desprendo de nada mío, sino que doy á cada cual lo que quieres que sea suyo; si más me dieras, más distribuiría; y si de todo me privases, mi único dolor sería ver desdichadas sin poder remediarlas. Por tí he comprendido que la verdadera sabiduría estriba en mermar odios

y sofocar rencores; procuro ser justo pero no me has hecho feliz. Tú sabes lo que falta á mi dicha. Te pido un hijo. Quiero tenerlo para que aprenda á ensalzarte como Te gusta ser ensalzado, que es sometiendo la maldad á la justicia, acercando la compasión al dolor: y quiero también ser padre; porque no es bueno que se seque el árbol sin dejar retoño. Mi esposa me ama tanto como yo á ella, pero nuestro lecho es estéril. ¡Señor! Dame un hijo para que te ame con dos vidas y te sirva con dos voluntades.

De pronto sonó á lo lejos una voz femenina que llamaba cariñosamente; el caballero apagó la luz, y á oscuras andando á tientas, que es como el hombre camina hacia la felicidad, salió en busca de su mujer.

Varía la decoración y son otras las personas

En un miserable sotabanco habita un matrimonio pobre. El marido fué empleado y quedó cesante, sin auxilio ni valimiento de nadie; la mujer, que era menestrala, enfermó durante el primer embarazo y fué despedida del taller; rápidamente pasaron de la escasez á la pobreza y de la pobreza á la miseria; pero como eran jóvenes y se querían mucho, nada contuvo su pasión. En seis años de matrimonio tuvieron otros tantos hijos.

La noche era horrible: los vidrios rajados ó mal juntos dejaban paso al frío por roturas y resquicios; no había rescoldo en el fogón, ni cisco en el brasero, ni provisión en la alacena, ni casi ropas en las camas, porque el carbonero ya no dejaba, ni el tendero se compadecía, ni el prestamista devolvía las mantas sin que le pagasen lo estipulado; y los pequeños lloraban y los mayores pedían pan, mientras los padres se miraban silenciosos y desahucados, ya pronto el hombre á toda maldad y dispuesta la mujer á todo sacrificio.

Más tarde, cuando el marido se fué á acostar, renegando de Dios y maldiciendo de los hombres, ella dió un beso á cada niño, y enseguida, postrándose de rodillas ante una grosera estampa de Cristo pegada en la pared, comenzó á orar entre dientes.

Rezó primero el padre nuestro, luego el Credo, después muchas salves y Ave Marías, cuanto aprendió de niña sin saber lo que significaba, y por último, buscando en las reconditeces de su alma acentos propios, inspirados en la magnitud de su desventura, dijo alzando los ojos y clavándolos en la estampa: «¡Señor! ¡Piedad, misericordia! ¡Que no se mueran estos niños! ¡Pan, nada más que pan!»—Y dejando

